



5 de agosto de 1888

## La vida interior, tener a Jesucristo constantemente ante los ojos para imitarle

Mis queridas hijas,

Hoy sólo os diré una palabra, para recordaros que todo en la vida religiosa depende de la vida interior. Cuando empezamos, generalmente no tenemos el espíritu interior. Hay que llegar a tenerlo poco a poco.

El primer paso es unir siempre la propia voluntad a la de Dios, desear ardientemente hacer todas las cosas según la voluntad divina y conformar a ella todos vuestros pensamientos y deseos. Este principio, este fundamento es para siempre: es el principio, el medio y el fin de la perfección del amor. En todo tiempo, en toda circunstancia, debemos apoyar nuestra vida interior sobre este fundamento, sobre este cuidado y atención de querer sólo lo que Dios quiere y de permanecer en la más absoluta dependencia de la voluntad divina.

Comprenderéis perfectamente, hijas mías, las consecuencias que se derivan de este principio: primero, el amor a la Regla, que es una manifestación de la voluntad de Dios. Después, el amor al propio estado, y no me refiero sólo al estado religioso, sino al estado en que a Dios le place colocarnos.

Pocas personas están contentas con su estado. Sienten las dificultades y quieren cambiar. Tenemos la tentación de ser como el hombre que se quejaba de su cruz, y al que Dios le permitió elegir la que le convenía. Después de mucho buscar, se vio obligado a volver a la suya, porque era la única que le convenía. Así, el Señor da a cada uno la cruz que le conviene. Ésta es la cruz que debemos llevar. Él mismo lo dice en el Evangelio, cuando, invitándonos a seguirle, añade: *Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame.*

Nótese que dice: su cruz, no la cruz del vecino; su cruz, es decir, la cruz que Dios le ha destinado y le ha enviado.

Así pues, como podéis ver, tener una voluntad siempre unida a la voluntad de Dios, ver esta voluntad adorable en cada detalle de la vida, es ser obediente, regular, aceptar los diversos estados por los que Dios nos permite pasar, aceptar las contradicciones de nuestros caracteres, nuestras diferentes situaciones, nuestros empleos, nuestra salud. En una palabra, significa la abnegación perpetua para cumplir la voluntad de Dios. Este es el primer fundamento de la vida interior.

El segundo es estar fielmente unido a la presencia de Dios, aferrarse a ella todo el tiempo que se pueda. Para ello, es bueno y necesario aplicarse a uno u otro de los misterios de la vida de Nuestro Señor. Para lograr la vida interior, debemos tener constantemente a Jesucristo ante los ojos de nuestra alma, como aquel a quien amamos, a quien escuchamos, a quien imitamos y a quien queremos pertenecer enteramente y sin compartir, por la más completa adhesión de nuestra voluntad a la suya. ¿Para qué hemos de tener a nuestro Señor ante los ojos, si no es para querer lo que Él quiere y para conformarnos a Él en sus diversos misterios?

Ciertamente, hay una gracia muy especial en seguir al Señor en los estados en los que la Iglesia nos lo presenta en los diversos tiempos del año litúrgico. En este momento, por ejemplo, le seguimos como predicador de la palabra divina entre los hombres, enseñando la verdad, curando a los enfermos y mostrando misericordia a los pecadores. Este es, pues, el misterio de la misión evangélica que la Iglesia nos propone, como vemos en cada uno de los domingos después de Pentecostés.

Pero, aunque hay una gracia especial en seguir al Señor en el estado en que la Iglesia nos lo presenta, hay almas que, en todo momento, incluso durante toda su vida, sienten atracción por un misterio en particular. Así, para algunas personas, la Santa Infancia es objeto de una devoción especial. Es ciertamente una devoción admirable para una religiosa, si, siguiendo el ejemplo del Santo Niño Jesús, aprende a callar, a ser flexible, a dejarse hacer. Si se hace pequeña y sencilla como un niño. Entonces ganará verdaderamente el reino de los cielos, como prometió el mismo Señor, cuando, llamando a un niño pequeño en medio de los apóstoles hechos hombres, se lo mostró, diciendo: Si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

Otras personas están impactadas por la Pasión de Nuestro Señor. Lo ven en sus sufrimientos y humillaciones y, por amor a Él, abrazan esos sufrimientos para parecerse más a Él. “Cuando un alma se ha acercado a la Pasión de Jesucristo -decía Bossuet-, permanece allí y no puede subir más alto”.

Lo vimos en el caso de la Madre Teresa-Emmanuel. Ella siguió fielmente todo lo que Dios le pedía. Durante mucho tiempo, gran parte de su vida, se ocupó del misterio de la Encarnación, de la Infancia de Nuestro Señor. Más tarde, en los últimos días de su vida, su alma se unió a los sufrimientos del Señor en su Pasión, y allí permaneció hasta el final.

Pero no deberíamos, hijas mías, querer entrar inmediatamente y por nosotras mismas en la ocupación de la Pasión, por ser la mejor. Hay que esperar el momento en que la gracia ayude a vuestra alma y en que Jesucristo crucificado ante vuestros ojos os atraiga a tomar parte en su estado crucificado.

Este camino fue muy cierto para Madre Teresa-Emmanuel. Pero también, una vez que llegó al misterio de Jesús crucificado, se detuvo en ese misterio de dolor tan santificante y no fue más allá. No es menos cierto que el misterio de la Santa Infancia fue durante años la principal devoción de su alma. Permaneció junto al Santo Niño Jesús, tratando de imitarlo, de reproducirlo en su estado de infancia. Sin duda veréis, cuando lleguéis a leer sus notas y cartas a su director, que lo que domina todo lo demás es su devoción a la Encarnación y al Santo Niño Jesús.

Comprendéis, hermanas, que, para nosotras, que adoramos al Santísimo Sacramento, debemos estar continuamente ocupadas de nuestro Señor en este misterio, donde se esconde y se abaja por nuestro amor. En el Santísimo Sacramento encontramos todos los estados y misterios de la vida y muerte de Jesucristo.

En primer lugar, su infancia. ¿Dónde está más que aquí, pequeño, dócil, humillado? El sacerdote lo toma, lo deja, lo da, lo sostiene, lo baja al altar. Es la obediencia más extraordinaria y perfecta. Incluso en pañales y en el pesebre, Jesucristo no estaba tan humillado. Allí aún podía moverse, mientras que en el altar no puede moverse.

Del mismo modo, el misterio de la Pasión está eminentemente en el misterio del altar. Allí, Jesucristo se nos muestra en su estado de víctima ofrecida e inmolada. Por eso, el sacerdote consagra el pan y el vino por separado, para representar mejor la oblación que Jesucristo hizo de sí mismo en la cruz y que renueva místicamente cada día en la Santa Misa. En el altar, como en la cruz, Jesucristo derrama su sangre por nosotros. Él hace la ofrenda de sus llagas a su Padre, intercediendo por nosotros como lo hizo en el Calvario, y como lo hará en el cielo por toda la eternidad.

Las almas que, ante el Santísimo Sacramento, estudian a Jesucristo y se unen a Él en sus divinos misterios, encuentran en él un gran medio para avanzar en la vida interior, en el conocimiento y en el amor de Dios. No basta quedarse en la vaguedad y decir: "Dios mío, te amo" para convertirse en un alma orante. Se necesita algo más para fijar la atención del alma.

Os aconsejo, hermanas, que tengáis una fe muy fuerte en la presencia real de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, y para persuadiros de que aquel a quien tenemos la suerte de tener bajo nuestro techo, a quien tantas veces vamos a adorar en el Santísimo Sacramento, es el mismo Salvador a quien los apóstoles siguieron por Judea. Acoged, como ellos, sus palabras de vida. Poneos a sus pies, unas veces en el lugar de san Pedro o de san Juan, de santa

Magdalena, de la samaritana o de la cananea, cuya fe admiraba el Señor. Encontraréis ahí un medio eficaz para fijar la mente y, siguiendo el relato evangélico, entrar en las virtudes que el Señor bendijo y canonizó en los apóstoles y en las santas mujeres.

Una vez entradas en los sentimientos de Nuestro Señor en la oración, en la Misa y en la Sagrada Comunión, debéis permanecer en ellos durante todo el día y permanecer unidas a Aquel que se digna habitar en medio de nosotros, y tan cerca de nosotros que en este momento sólo una puerta nos separa de Él. Procurad, pues, mantener vuestra alma constantemente dirigida hacia Él por la unión de vuestra voluntad a la suya.

Digo unión, que es algo más que sumisión. Cuando nos sometemos, aún nos resistimos a ponernos bajo el yugo, porque nos cuesta. Pero cuando amamos, queremos lo que quiera la persona a la que amamos. Preferimos su voluntad a todas las cosas de este mundo; no tenemos voluntad propia. Como dijo una vez un beato, Henri Suso, si no me equivoco, preferimos ser un grano de arena por voluntad de Dios que un serafín por voluntad propia. Así es como el amor, entregando el alma a Dios, la hace indiferente a todo lo que la toca.

Termino, hijas mías, donde empecé: sin unión con la voluntad de Dios no hay vida interior. Por eso, quien tiene voluntad propia, quien la guarda, quien se preocupa de esto o de aquello, sigue siendo en gran medida ella misma. No está completamente entregado a su divino Esposo, al que debe amar sobre todas las cosas.

Permanezcamos, pues, unidas a la voluntad de Dios, amemos lo que le agrada con un amor de preferencia que nos haga decir siempre y en todas las cosas: "Lo que quieras, Señor, como quieras, cuando quieras, por quien quieras y porque quieras...". Lo que quieres, es lo estrictamente necesario y lo que todos los cristianos tienen obligación de hacer. "Como lo quieras" ya es más difícil. "Cuando lo quieras" exige un grado más de perfección. "Por quien tú quieras", lo creado desaparece y el alma se entrega al beneplácito de Dios. Por último, "porque tú lo quieras" es el motivo. Este acto de abandono os conducirá seguramente a la perfección de la unión.

Os ruego, mis queridas hijas, que repitáis este acto a menudo, sobre todo cuando ocurra algo que os resulte más difícil de soportar. ¿Quién es el santo que no ha sufrido, que no ha sido humillado? Tampoco podemos alcanzar la santidad sin sufrimiento, y lo importante es soportarlo bien, siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor.

Job, personaje de la Sagrada Escritura que representa a Nuestro Señor y que figuró en su Pasión, es un ejemplo admirable de resignación en las pruebas. Ved cómo la aflicción le llega de todas partes, no sólo del demonio, sino también de quienes deberían consolarlo; de sus amigos, de su mujer, que aumenta su sufrimiento lanzándole insultos. Pero Job lo acepta todo y no se queja. Nótese que Job es del Antiguo Testamento; no había conocido los misterios de Jesucristo. Pero, ¡qué ejemplo de paciencia nos da! Es maravilloso. También Santiago alaba al Señor diciendo: Señor, haces dichoso a Job por sus sufrimientos. Yo añado: "por su admirable y perfecta sumisión".